

tólico, previamente se obliguen, bajo el sello del más solemne juramento, á educar en la religión católica *todos* los hijos é hijas que puedan nacer de este matrimonio. Sin que preceda este juramento, la Iglesia se niega del todo á los matrimonios mixtos.

Así es que cuantas veces veais á los hijos de un matrimonio mixto, educándose en el protestantismo, podeis tener por seguro que ese es el fruto de un perjurio.

Cuando se han llenado todas las condiciones exigidas para estas uniones lastimosas, una vez celebrado el matrimonio en presencia del sacerdote católico, bueno es que se sepa estar prohibido á la parte católica ir á presentarse, como se hace algunas veces, al pastor protestante. Esto sería comunicar con los herejes *in sacris*, es decir, en las cosas santas, y hacer una culpable concesión á la herejía. Una vez casado en la Iglesia católica ¿qué va el católico á buscar en el templo protestante? No el vínculo conyugal, porque el matrimonio ya está hecho; y si se va al templo protestante para oír leer algunos pasajes de la Biblia, relativos á los deberes de los casados, eso no merece la pena de cometer un pecado de escándalo. Si se quiere leer, léase en casa.

Es sabido que los protestantes no consideran el matrimonio como sacramento, de modo que si los ministros de esa secta hacen venir á los esposos al templo, es porque esta ceremonia, inútil por aquella razón, les produce sendas pesetas.

El debilitamiento de la fe es lo que produce los matrimonios mixtos. Para que un cristiano descienda á formar alianza tan desigual, es necesario que haya perdido el sentimiento de la dignidad católica.

El matrimonio es un gran sacramento, del cual dependen la felicidad y la salvación del esposo y de la esposa. ¡Ay! de aquellos que no lo contraen según Dios; y que prefieren á su fe los arreglos de familia y de fortuna, ó el capricho del sentimentalismo!

TERCERA PARTE.

I.

Que es lo que impide á los protestantes honrados hacerse católicos.

La ignorancia de la doctrina católica. He aquí lo que impide la conversión de la mayor parte de los protestantes de buena fe.

Sus preocupaciones anti-católicas son casi invencibles. Esas preocupaciones son tanto más fuertes, cuanto que ellos las han mamado con la leche. Su educación toda las ha desarrollado, y nunca han raciocinado acerca de ellas. Con la mayor buena fe del mundo, esa clase de protestantes, miran á la religión católica como una escuela de superstición; su santa autoridad, como una tiranía y una usurpación puramente humana; á los sacerdotes, como impostores que engañan al pueblo; y al pueblo como imbécil, que cree ciegamente todo lo que se le dice.

Bossuet, después de sus controversias con los más célebres ministros protestantes de su tiempo, se había convencido de que el más formal, por no decir el único obstáculo para la conversión de los sectarios honrados, era su ignorancia. Por eso compuso su famosa *Exposición de la Doctrina católica*, que confundió á todos los ministros y predicantes. Quedáronse éstos estupefactos, al ver cuán sencillos, luminosos y grandes son los dogmas que ellos atacaban como ridículos y supersticiosos; y no pudiendo de otra manera salir del paso, acusaron á Bossuet de haber disfrazado la doctrina de la Iglesia católica, para triunfar del protestantismo. Bossuet sometió inmediatamente su exposición al exámen de la Santa Sede y de casi todos los

Obispos de Francia; y la segunda edición de su obra, apareció revestida de la aprobación del Sumo Pontífice, á la cual se agregaba la de 40 ó 50 Obispos. No fué necesario más para que entrasen en la comunión católica el famoso Turena, hasta entonces protestante: y el marqués de Dangeau, nieto de aquel Duplessis Mornay, que por sobrenombre había sido llamado "El Papa de los hugonotes." Con éstos se convirtieron otros muchos personajes distinguidos.

Pasa de todos los límites la ignorancia de los protestantes respecto á la enseñanza católica. Casi todos ellos afirman que nosotros adoramos á la Virgen, que la vemos como una Diosa, y que le atribuimos la omnipotencia divina. Muchos de ellos nos acusan de *adorar* al Papa, de vender el cuerpo y sangre de Cristo, de tener una tarifa para la absolución de los pecados y de admitir otros absurdos, que les debería á ellos dar vergüenza de imputar á hombres razonables é instruidos.

El mejor libro que se puede poner en manos de un protestante, es el que se pone en las de los niños: el *Catecismo católico*.

II.

De las adoraciones idolátricas que los protestantes atribuyen á los católicos.

"Los católicos adoran á la criatura en lugar del Criador." Esta es una acusación familiar, que sin cesar se repite en los púlpitos, en los folletos y en los periódicos protestantes. Bien puede decirseles una y cien veces, que los católicos no adoran como Dios, más que á Dios. De nada sirve eso, nada les convence; y nosotros somos á los ojos de esos señores unos idólatras ni más ni menos que los Hotentotes y los Cochinchinos, según el fallo que pronuncian y ejecutorian por sí y ante sí los protestantes.

Sin embargo volvamos á decirlo. Nosotros adoramos como Dios, sólo á Dios. Adoramos á nuestro Señor Jesu-

cristo, porque es Dios. A la Santísima Virgen y á los Santos, los honramos, los veneramos y hacemos lo que es debido á la Madre y á los amigos de Dios. Les pedimos que pidan por nosotros, en razón de que sus oraciones son más puras y más agradables á Dios que las nuestras. ¿Qué cosa más sencilla? Verdaderamente se necesita tener un talento contrahecho, para encontrar en eso un motivo de condenar á la Iglesia.

Respecto á la acusación que nos hacen algunos sectarios más ignorantes que malévolos, de *adorar* al Papa, ella es tan extravagante, que no merece respuesta.

Ellos se esfuerzan por interpretar como una adoración todas nuestras genuflexiones. En esto no hay buen sentido. Nosotros nos ponemos de rodillas, para que la humilde postura de nuestro cuerpo, influyendo sobre el alma, la disponga á orar con mayor recogimiento y con un respeto más profundo. ¿Quién ignora lo que el cuerpo influye en el espíritu?

Además, es natural que un corazón penetrado de respeto, de humildad y de penitencia incline al cuerpo á humillarse y á participar, en su manera, del culto que rinde el espíritu.

Por eso es que nos arrodillamos con gusto, no solamente en la presencia del Señor, sino también delante de las imágenes de su Santísima Madre, venerando en ellas á su original: como también delante de la Santa Cruz, de las reliquias de los mártires y de las imágenes de todos los Santos, cuyo culto, no es tributado á la materia de que están hechas, sino que se refiere á sus originales, Dios no prohíbe en su ley venerar las imágenes de los Santos, con este culto subalterno y relativo que se llama de *dulia*. Lo que prohíbe es tributarles el culto supremo de *latria*, que es la verdadera y soberana adoración, propia exclusivamente de Dios. (*)

(*) Los protestantes tienen siempre en los labios el texto de Moisés: NO HARAS IMAGENES DE ESCULTURA; pero es raro que no trunquen el texto, que se completa diciendo: PARA ADORARLAS. Nosotros no las adoramos, como los Israelitas no adoraban los dos querubines de oro macizo, que el mismo Moisés, por orden del mismo Dios, puso á los lados del arca de la alianza.

¿Cuál es el católico que confunde con Dios, á María ó á los Santos, y menos á sus imágenes y reliquias?

Arrodillémonos, pues, con humilde amor delante de los venerandos objetos del culto verdadero del verdadero Dios; y tributemos este homenaje de respeto también al Vicario de Jesucristo, á los Obispos y á los sacerdotes, para recibir mejor sus santas bendiciones, las cuales no son del hombre sino del mismo Jesucristo, que reside en su Vicario y en sus ministros, y que por medio de ellos bendice, ilustra y santifica al mundo.

III.

Una palabra sobre los folletos y hojas sueltas de los protestantes.

Los folletos con que las sociedades bíblicas inundan los países católicos, son de dos clases. Los unos, cuyo número es el mayor, son historietas insignificantes, de una religiosidad insulsa y mal conocida, en las cuales se presentan siempre algunas gentes que se convierten á la sola vista de la Biblia, buenas mujeres que mueren santamente sin sacramentos y sin sacerdote que las asista; ó algún pastor protestante virtuoso ó tolerante, de lenguaje almibarado y bíblico; ó alguna piadosa dama, ardiendo en celo evangélico, que recorre las cabañas para consolar á los pobres con leerles la Biblia. En los opúsculos cuyo argumento es alguno de los citados, no se ataca de frente á la Iglesia católica. El peligro de esa clase de folletos es todo negativo, pues consiste en falsificar las ideas de los lectores, representándoles como objeto de admiración é imitación, los ejemplos de una pretendida religión, opuesta al verdadero cristianismo. El silencio mismo que se guarda en esos opúsculos acerca de la Iglesia católica, es un ataque perverso. Ese silencio calculado, que se quiere calificar de moderación, es hostil y no pacífico. Con él se procura enseñar al pueblo á ver con indiferencia á la Iglesia, dejándo-

la fuera de la vida común. Felizmente esas historietas están tan mal escritas, que son mortalmente fastidiosas, de lo cual es necesario dar gracias á Dios.

Los folletos de la segunda clase, cuya distribución se hace con precauciones, atacan de frente á la Iglesia; y su contenido, la mayor parte de las veces, son diatribas violentas contra lo más venerable y sagrado de la religión. Calumnias impudentes contra el clero católico, blasfemias contra la Santísima Madre de Dios y mentiras tan groseras y tan odiosas, que es imposible atribuir las á la sola ignorancia; he aquí el contenido de esta segunda clase de folletos protestantes, que algunas veces, para mejor engañar á los simples, llevan un título católico y aun tienen en la portada alguna imagen de la Bienaventurada Virgen, como lo advertía en una pastoral reciente el Sr. Obispo de Strasburgo.

Tienen los protestantes por obra pía la distribución de estos folletos; y las sectas, entre sí divididas, la hacen en común. Cada año toma esta propaganda mayores incrementos. En 1856 una sociedad protestante llamada de los *Tratados religiosos* de París, hizo imprimir *un millón y veintiocho mil* ejemplares de folletos; y en 1857 la misma sociedad aumentó el número de éstos, dando á luz *un millón y quinientos mil* ejemplares. Otra sociedad establecida en Tolosa, se jactaba en 1856 de haber esparcido *veintidos millones* de libros de esta clase, desde su fundación. Los propagandistas que antes iban á pasos lentos, ahora se dan prisa, multiplicándose y transformándose. El bello sexo protestante toma una parte cada día más activa en esta propaganda; y los wagones se llenan de esta especie de *Evangelistas* con miriñaques, que llevan las bolsas, los sacos de noche y hasta las cajas de sus sombreros llenos de esos folletos, compuestos por sus ministros respectivos. Esas damas parten para la Cruzada, resueltas á destruir el imperio de la superstición; y para conseguir su objeto ofrecen sus papeluchos, los distribuyen, los lanzan los imponen, los deponen, los meten entre las persianas, los deslizan por las rendijas de las puertas, los fijan

con alfileres en las cercas de los caminos y en el tronco de los árboles.

Este género de apostolado no es nuevo; Lutero no lo despreciaba. Su genio no menos astuto que brutal, fabricaba el libelo difamatorio, para el cual era maestro, añadiéndole la caricatura. Su querido discípulo, el *evangélico* Melanctón, le ayudaba en este trabajo vergonzoso, en el cual se ocupaban los dos con esmero. Aquellos libelos y aquellas caricaturas *de tan santo origen*, eran obcenos hasta causar náusea. En la actualidad se procura encubrir un poco en los folletos de los protestantes, ciertos objetos escabrosos en que se entretenía Lutero, porque hácia allá le arrastraba su natural; pero con todo, no son tan limpios, que digamos, los papeluchos que las *piadosas* viajeras, agentes de las sectas, se encarnizan en distribuir. Creemos sin embargo, por caridad que ellas no los leen todos.

A nosotros los católicos, nos corresponde oponer á esa propaganda las buenas lecturas. ¡Quiera el cielo que el ardor de los protestantes, reanimando nuestro celo por la difusión de los buenos libros católicos, ceda en mayor gloria de Dios!

IV.

De cómo ciertos folletistas protestantes, tendrían gran necesidad de aprender el arte de verificar las fechas.

Entre los folletos protestantes que abiertamente atacan al catolicismo, hay algunos, cuyos autores pretenden confundir para siempre á la Iglesia católica, convenciéndola de innovación; y para eso citan la *fecha precisa y absolutamente verídica*, en que fué inventado cada uno de los dogmas que ella enseña.

No sería tan torpe esta maniobra, si los *sábios* ministros protestantes, autores de tales papeluchos, se tomaran siquiera el trabajo de entenderse entre sí antes de dirigirse al público. Por falta de esa precaución ellos se expo-

nen á contradecirse el uno al otro, lo cual es cosa de mal gusto y de peor efecto, para el objeto que se proponen. Como las fechas que indican son, por una y otra parte, tomadas al acaso, sería un verdadero milagro que concordaran entre sí; á menos, como he dicho, de que previamente convinieran los protestantes en elegir la una ó la otra. Tengo á la mano dos de esas cronologías. La una publicada en Inglaterra, tiene por título: "*Fechas de las adiciones de nuevas doctrinas por la Iglesia de Roma; Balington, Bolton. Horncastle,*" y la otra dada á luz en Angers, por el gracioso pastor protestante Paux, se titula: "*Fés de Bautismo.*" Pues bien, véase la perfecta concordancia de estos dos historiadores de buena fe.

Fechas fabricadas por el anónimo Inglés. Fechas fabricadas por el pastor protestante francés.

Invocación de los Santos, inventada en el año	700	Culto de los Santos, inventado en el año	375
Supremacía del Papa en	1215	Primado del Papa en	600
Libros apócrifos en	1547	Libros apócrifos en	1564
Los siete Sacramentos en	1547	Los siete Sacramentos en	1160

Así es lo demás. *Mentita est iniquitas sibi.* La iniquidad se mintió á sí misma.

Aparte de la cronología de Paux, hay ciertas fechas que los protestantes señalan con bastante uniformidad, á la pretendida *invención* de algunos de nuestros dogmas, ó de algunas de nuestras prácticas religiosas.

Por ejemplo, para la confesión, que ha sido para ellos siempre un cáustico; fijan los protestantes, con tono de triunfo, el año de 1215. Recientemente para la Inmaculada Concepción, señalan el año 1854. Estas fechas nos las presentan con aire de vencedores, gritándonos: "Así se hacen vuestros dogmas." No hay cosa más limitada y al mismo tiempo más impertinente que la semiciencia. Los protestantes verdaderamente instruidos, se guardan bien de aventurar semejantes necedades, pues saben ellos también como nosotros, que en 1215, el Papa Inocencio III no

hizo otra cosa, en el Concilio de Letrán, que reglamentar el uso anual del Sacramento de la Penitencia, instituido por Nuestro Señor Jesucristo y practicado desde el origen de la Iglesia. Saben ellos igualmente, que el 8 de Diciembre de 1854, el Sumo Pontífice Pío IX no ha *inventado*, de ninguna manera la doctrina de que la Madre de Dios fué exenta del pecado original; sino que simplemente ha proclamado y hecho obligatoria, como punto de fe, esta doctrina antigua y muy antigua en la Iglesia. Antes de la declaración pontificia de 1854, la creencia en la Inmaculada Concepción, existía como existe ahora, puesto que se celebraba la fiesta de este misterio en todo el orbe católico; solamente que no había sido *definida oficialmente*, por lo que se podía uno engañar sobre este punto sin hacerse hereje, como les ha sucedido á muchos hombres grandes por su talento y aun algunos Santos, los cuales sin embargo, profesaban á la Santísima Virgen María un amor profundo.

Decir que Pío IX ha inventado el dogma de la Inmaculada Concepción é Inocencio III el de la confesión, sería como decir que el Concilio de Nicea inventó el dogma de la Santísima Trinidad y el de la Divinidad del Verbo; cuando en el año 325 *definió* contra Arrio, estas dos grandes verdades. Antes del Concilio de Nicea, la Iglesia creía en la Santísima Trinidad y en la Encarnación del Hijo de Dios; así como antes del Concilio de Letrán, profesaba y practicaba el Sacramento de la Penitencia; y así como también, antes del 8 de Diciembre de 1854, creía y honraba la Inmaculada Concepción de la augusta Madre de Dios.

Los dogmas católicos son la verdad religiosa. Ahora bien, la verdad no se fabrica; ella *existe*, es eterna é inmutable. La Iglesia es la depositaria de esta verdad; y ella, guiada por su divina Cabeza, que es Nuestro Señor Jesucristo, proclama como puntos de fe las creencias, á medida que los novadores se atreven á negarlas, ó bien cuando lo cree útil para la santificación de los fieles.

V.

La tolerancia de los protestantes.

Entre las preocupaciones vulgarizadas en el mundo, hay una bastante común, no solamente entre los protestantes, sino también entre algunos que son católicos á medias. “Si la reforma, ha causado males, suelen decir algunos: sí ella ha hecho correr mucha sangre, sí ha desmoralizado países enteros; á lo menos ella ha importado en el mundo un bien inapreciable, que es la *tolerancia religiosa*.”

Nada más falso, nada ménos fundado que esta preocupación histórica. Donde quiera que domina el protestantismo, él es intolerante y perseguidor. Sin duda no lo es en todas partes en el mismo grado; pero ¿por qué es eso? Porque no en todas partes tiene el mismo poder. Por fortuna el protestantismo no puede siempre lo que quiere. Para perseguir no basta querer, es necesario poder; pero hágasele siempre esta justicia de decir que, en cuanto á intolerancia él hace lo que puede.

Donde quiera que se ha introducido la llamada Reforma, lo ha hecho violentamente; y sus primeros frutos en Alemania, en Ginebra, en Inglaterra y en Suecia, han sido invariablemente la guerra civil, las proscripciones y las muertes. Eso se comprende, por ser cosa muy sencilla. El protestantismo es una revolución; y toda revolución es tiránica y revolucionaria por naturaleza.

Una vez establecido el protestantismo, él se ha conservado á merced de las mismas violencias. Todos saben lo que es el protestantismo inglés respecto á los católicos, las leyes sangrientas que contra éstos dió y ejecutó, y el despotismo feroz con que aún oprime todavía á la fiel y desventurada Irlanda.

Un historiador inglés *protestante*, Guillermo Cobbet, se vió obligado por su conciencia, á dar contra la Iglesia herética nacional, este terrible testimonio: “Esa Iglesia, dice el historiador citado, la más intolerante que ha existido, se dejó ver en el mundo armada de cuchillos, hachas é

instrumentos de suplicio. Sus primeros pasos quedaron marcados con la sangre de sus innumerables víctimas, mientras que sus brazos no podían ya con el peso de los bienes que había arrebatado." Este autor cita las actas oficiales del Parlamento, para comprobar que en consecuencia de las hogueras encendidas y de los cadalsos levantados contra los católicos, la población de Inglaterra fué diezmada en menos de seis años. PENA DE MUERTE era pronunciada, y desapiadadamente ejecutada, contra todo sacerdote católico que entraba en el reino, ó á quien se convencía de haber celebrado misa. PENA DE MUERTE contra cualquiera que se atrevía á dar asilo á un sacerdote. PENA DE MUERTE contra cualquiera que rehusaba reconocer que la reina Isabel era la cabeza de la Iglesia de Jesucristo. Una fuerte multa estaba decretada contra todo ciudadano que no asistía á los oficios protestantes. "La lista de personas condenadas á muerte y ejecutadas por el único crimen de ser católicas, (son palabras textuales del historiador protestante), formaría una lista diez veces más larga que la de nuestro ejército y la de nuestra marina reunidas. La Iglesia protestante de Inglaterra, llamada anglicana; no ha cambiado de carácter desde el día de su establecimiento hasta nuestros días. En Irlanda sus atrocidades han superado á las de Mahoma; y sería necesario escribir un tomo, para referir sus actos de intolerancia." (*)

De la misma manera intentó el Calvinismo introducirse en Francia. Durante más de un siglo la historia de aquella nación no habla sino de rebeliones, sediciones y saqueos cometidos por los hugonotes, donde quiera que penetraba su doctrina. Todo aquel período no es más que un tejido de desórdenes, perfidias y crueldades; pero no hay que extrañarle una vez que Calvino predicaba en alta voz, que era preciso deribar á los reyes y á los príncipes que no querían abrazar el protestantismo, *escupiéndoles á*

(*) Carta de Sir William Cobbet á Lord Tenderden, jefe de la justicia inglesa, que había alabado la tolerancia del protestantismo inglés en pleno Parlamento.

la cara más bien que obedecerlos. Bajo las órdenes de Coligny, los calvinistas revolucionarios formaron el proyecto de arrebatarse su Palacio al rey de Francia, que á la sazón era un niño; mas como dieran el golpe en falso, se apoderaron de Orleans y desbastaron las márgenes de Loira, la Normandía, la isla de Francia y particularmente el Langüedoc, donde cometieron las crueldades y profanaciones más odiosas. En Montauban, en Castres, en Beziers, en Nimes y en Montpellier, esos grandes predicadores de la tolerancia y de la libertad de conciencia, prohibieron bajo las penas más rigurosas, todo ejercicio del culto católico. Todo el mundo conoce á aquel famoso barón de Adrets, jefe calvinista, que habiendo tomado á Montbrison, se dió á sí mismo el inocente placer de hacer saltar desde lo alto de una torre, lo que quedaba de la guarnición hecha prisionera. Pues, poco más ó menos, tal fué el tratamiento que los protestantes hicieron sufrir á todas las ciudades que cayeron en su poder. Profanación de Iglesias, robo de vasos sagrados, muerte ó lanzamiento de sacerdotes y religiosos, atrocidades las más bárbaras, unidas á los más abominables sacrilegios, he aquí la conducta de los *tolerantes* herejes. Estos son hechos históricos que nadie niega, ni aún los protestantes; los cuales sin embargo, dejan escapar algunas veces expresiones imprudentes, manifestando deseo que vuelvan aquellos tiempos *dichosos* del ptoestantismo francés.

No se podrían leer sin horror las atrocidades cometidas por holandeses, para extender el protestantismo en los Países Bajos; y particularmente los terremotos y suplicios á que recurrió el *celo religioso* de los enviados del príncipe de Orange, llamados Lamark y Sonoi. Este último era maestro consumado en el arte de atormentar los cuerpos, para perder las almas. He aquí la descripción que nos ha dejado una pluma protestante y holandesa, de los medios empleados por aquel tigre, para martirizar á los católicos, fieles á su religión. "Los procedimientos ordinarios de la tortura más cruel, escribe Kerrux, no fueron sino los tormentos menores que se hicieron sufrir á aquellos inocentes.

Sus miembros dislocados, sus cuerpos hechos pedazos á azotes, eran en seguida envueltos en sábanas empapadas en aguardiente á las cuales se daba fuego; y en este estado se dejaban hasta que ennegrecida y crispada la carne, quedasen desnudos los nervios en todas las partes del cuerpo. Frecuentemente se empleaba hasta media libra de azufre, para quemar los sobacos y las plantas de los piés. Así martirizados se les dejaba muchas noches seguidas, tendidos en el suelo y sin cubierta; y á fuerza de golpes, se alejaba de ellos el sueño. Por todo alimento se les daban arenques y otros alimentos de esa especie, propios para encender en sus entrañas una sed voraz, sin suministrarles ni un solo vaso de agua, por más que sufriesen en este suplicio. Se les aplicaban abejones sobre los ombligos. No era raro que se enviase al servicio de aquel espantoso tribunal cierto número de ratones, que se ponían sobre el pecho y el vientre de aquellos desgraciados, bajo un instrumento de piedra ó de madera labrado para este uso y cubierto de combustibles. A éstos se les daba fuego en seguida, forzando de este modo á los animalejos, para que devorasen las carnes de la víctima, abriéndose paso hasta su corazón y sus entrañas. Después se cauterizaba aquellas llagas con carbones encendidos, ó bien se derramaba grasa derretida sobre los miembros ensangrentados. Otros horrores, aún más chocantes, fueron inventados y puestos en ejecución con una sangre fría, de la cual apenas podría hallar ejemplo entre los caníbales, pero la decencia nos impide continuar. (*)

Lo que la *tolerancia* protestante hizo en Inglaterra, y lo que ha querido hacer en Francia y en Holanda, lo hace todavía en Suecia. Allí también se estableció la *Reforma* con violencia y sangre; y las leyes religiosas conservan aún en aquel país toda la barbarie que puede sufrir nuestro siglo. En este mismo año en que escribo, acaban de ser condenadas seis familias, al destierro y al despojo de todos sus

(*) Compendio de la historia de Holanda por Mr. Keroux, tomo II, pág. 313.

bienes, únicamente por haber abrazado la fe católica. En Noruega, en Dinamarca, en Prusia, en Ginebra y donde quiera que domina el protestantismo, él se muestra enemigo y ciego destructor de los católicos. Como allá está á sus anchas, no se cuida de ocultar lo que es, con precauciones hipócritas; las cuales son las que le dan en Francia una apariencia de moderación. Allá dice él altamente lo que quiere y lo que espera. En el Sínodo protestante de Bremen, el Sr. Sander, pastor herético de Elbelfed, exclamada, hablando del Papa y de los religiosos de la Compañía de Jesús: 'Las autoridades protestantes no deben tolerar que existan. Menos aún deben soportar que sean libres.'

En Ginebra los protestantes, envidiosos de los progresos del catolicismo, han formado de común acuerdo una asociación en la cual contraen el compromiso de no comprar nada á los católicos, de no emplearlos en ningún trabajo para reducirlos así á la miseria; y además de obrar de suerte que los protestantes obtengan los cargos y empleos. Todo esto se hace por hombres que reclaman con indignación la libertad de cultos en los países que forman una imperceptible minoría: por hombres á quienes no se caen de la boca las palabras de libertad de conciencia, de caridad cristiana, de religión, de paz y de amor: por hombres, en fin, que ya no creen en Jesucristo; y entre los cuales hay libertad para ser incrédulo, panteísta ó ateo, pero no para ser católico!!!

VI.

La intolerancia católica.

Ya hemos visto lo que es la pretendida tolerancia de los protestantes. Veamos ahora qué va á esa acusación trivial de intolerancia, que ciertas personas dirijen contra la Iglesia católica. Esta acusación entraña una verdad y una mentira.

La Iglesia es intolerante en materia de doctrina. Esto es cierto y no solamente lo confesamos, sino que nos

gloriamos de ello. La verdad es intolerante por naturaleza. En religión, como en matemáticas, lo que es verdad, es verdad; lo que es falso, es falso. Es imposible que haya concesiones mútuas entre la verdad y el error. En esto no cabe compromiso ni transacción. Por poco que se cediese de la verdad, ésta sería inmediatamente destruida. Dos y dos son cuatro: esto es lo que se llama una *verdad*. El que diga otra cosa miente, sea por exceso ó por defecto. El error, siempre es error, aunque uno no se engañe sino en una milésima ó millonésima parte. Siempre se estará fuera de la verdad, cuando teniendo dos y dos, se diga que no son cuatro.

La Iglesia es depositaria y maestra en el mundo, de verdades tan ciertas como las verdades matemáticas; con la única diferencia de que las consecuencias de las verdades católicas, son infinitamente más importantes que las de las verdaderas matemáticas. La Iglesia propone y defiende sus verdades con tanta intolerancia, como la ciencia de las matemáticas enseña las suyas. ¿Qué cosa más legítima? La Iglesia católica es la única entre las diferentes sectas llamadas cristianas, que proclama estar en posesión de la verdad absoluta, como lo está en efecto, añadiendo que fuera de ella no hay verdadero cristianismo; y así ella sola puede ser, ella sola debe ser intolerante en materia de doctrina. Únicamente ella puede y debe decir, como ha dicho hace 18 siglos en sus Concilios: “Si alguno piensa ó enseña, en contradicción de mi doctrina, que es la verdad, sea anatema.”

Pero Nuestro Señor Jesucristo que ha confiado á la Iglesia el depósito de la verdad, le ha dejado también su espíritu de caridad y paciencia. Intolerante en materia de doctrina, ella no transige con el error, pero es misericordiosa para con las personas que le cometen; y nunca ha empleado los medios legítimos de rigor, sino después de haber intentado todos los recursos de la dulzura y de la persuasión.

Ella no ha herido jamás, sino en la última extremidad; y nunca ha castigado, sino á los incorregibles. Entonces

ha debido hacerlo para preservar del contagio á las almas fieles, para poner fin á los escándalos y para llenar el gran deber de la justicia, el cual no es menos divino que el de la misericordia.

En su paciencia como en su rigor, en su tolerancia hácia las personas, como en su intolerancia hácia los errores, la Iglesia imita fielmente á su esposo y á su Dios, á nuestro Señor Jesucristo, que es la verdad misma, que es la misericordia, pero también es la justicia.

Las mentiras de los historiadores anti-católicos sobre las pretendidas barbaries de la Iglesia en la edad media, cada día caen en mayor descrédito, gracias á los trabajos concienzudos de una nueva generación de historiadores, más imparciales que sus predecesores. “Para poder vivir, el protestantismo tuvo que forjar una historia á su modo,” decía el célebre historiador Thierry, poco sospechoso, como es sabido, de favorecer á la Iglesia.

Aun los mismos protestantes, deponiendo el espíritu de partido, vienen algunas veces, á declarar contra aquellas viejas calumnias, contra aquellas culpables exageraciones y contra aquellas insinuaciones pérfidas, de que están llenos los libros de historia. “Hace tres siglos, ha dicho el conde de Maistre, que la historia ha sido una conspiración permanente contra la verdad.”

VII.

La Inquisición, la San Bartolomé y las Dragonadas de Cevennes.

Diré algunas palabras más, para terminar esa cuestión de la intolerancia católica.

Hay ciertos hechos históricos que los protestantes no pierden nunca ocasión de echar en cara á los católicos, para convencerlos de intolerancia. Esos hechos son la *Inquisición, la San Bartolomé y las Dragonadas de Cevennes*.

Sobre estos argumentos se han escrito novelas y dramas, pero los fabricantes de folletines no se creen obligados á respetar la verdadera historia. Por eso es que, generalmente hablando, no los consultan á ellos las gentes que tienen sentido común y buscan la verdad.

I. ¿Pues qué fué la Inquisición, de la cual se hace aun en el día un espantajo tan terrible? Las novelas populares la representan como un tribunal horrible, establecido en los países católicos, que daba tormento á las pobres víctimas en calabozos sombríos, y que acababa por darles la muerte en las hogueras, perpetuamente encendidas.

El historiador protestante Ranke y el muy protestante Mr. Guizot, reconocen con probidad que la Inquisición española fué, ante todo, una institución política, destinada á velar por la unidad de la España. Los reyes españoles veían en la herejía el más peligroso enemigo de la paz de su reino, por lo cual la declararon crimen de *lesa nación*. No pudiendo juzgar por sí mismos, ni por medio de los tribunales ordinarios las cuestiones de fe, instituyeron un tribunal eclesiástico, encargado de interrogar á los acusados y de juzgar de sus creencias. Los inquisidores de la fe hacían conocer á la autoridad real, el resultado de sus indagaciones. Luego esta autoridad hacía lo que juzgaba conveniente. Apréciese como se quiera la institución del tribunal de la *Inquisición* en España. Dígase, si de esto hay antojo, que las pasiones políticas abusaron de él; pero siempre será necesario convenir en que el clero que tomaba parte en sus procedimientos, ejercitaba natural y legítimamente la autoridad religiosa. ¿No corresponde á la Iglesia el examen de las cuestiones de fe por derecho divino? Y qué hombre de buena fe confundirá esta atribución con el oficio de verdugo?

Se ve, por otra parte, que los Papas siempre procuraron mitigar el rigor de la Inquisición española, aunque no dependía de ellos; pues como hemos visto, ella era una institución política de la España.

II. “Bien está, dirá alguno; pero la San Bartolomé, aquella matanza espantosa ordenada por la Iglesia católica,

en la cual perecieron tantos protestantes, ¿cómo se explica?”

Aquel suceso, aun más que la Inquisición española, es un hecho político. Los protestantes se levantaban contra la autoridad legítima, habían intentado apoderarse del rey de Francia y formaban en la nación una nación aparte, turbulenta y revolucionaria. El joven monarca Carlos IX y su madre la orgullosa Catalina de Médicis, estaban amenazados en su libertad y en su vida por la conjuración de Amboise, viéndose obligados á huir por la conjuración de Meaux. Los jefes del partido protestante se hacían más y más insolentes. Excitados por aquellas violencias, la reina quiso desembarazarse de los rebeldes, haciendo servir á su venganza la exaltación religiosa que causaron en Francia los furros de los hugonotes. La religión fué, pues, el *pretexto*, pero no la verdadera causa de la matanza llamada la San Bartolomé. Todas las personas instruidas lo saben actualmente. ¿Porqué los escritores protestantes no tienen la buena fe de confesarlo?

Pero se añade: “El Papa hizo cantar en Roma el *Te Deum* con motivo de aquella odiosa matanza.” Es cierto: mas lo es igualmente que aquel Papa, Gregorio XIII, fué engañado sobre el hecho con falsos informes. Habiendo recibido un despacho de la corte de Francia, en que se le decía, como el rey y su familia acababan de librarse de una nueva conjuración de los herejes hugonotes, habiendo sido castigados los autores de ella y sus cómplices, el Papa fué á dar gracias á Dios por el suceso. Entónces ignoraba Su Santidad los deplorables excesos de aquella triste noche, excesos que también han sido entrañablemente exajerados por la pasión y el espíritu de partido, una vez que en toda la Francia, á pesar del deseo de aumentar el guarismo, no pudo encontrar más que 786 el *martirologio protestante*, impreso en aquella época. Dígase ahora si es razonable imputar á la Iglesia católica la muerte de los insurrectos contra su soberano, porque los degollaron como calvinistas. De consiguiente, toda la odiosidad de la San Bartolomé, pesa únicamente sobre Carlos IX y su madre, por el carácter maquiavélico de su política.

Sobre este asunto, sin que yo pretenda excusar de ninguna manera lo que sea inexcusable, permítaseme hacer una observación importante. Las instituciones y los hombres llevan siempre impreso el carácter de su tiempo. En aquellos últimos siglos las cuestiones públicas eran ásperas, y todo se resentía de aquella aspereza, los hombres y las cosas, el bien y el mal. Además, el sentimiento religioso dominaba todos los otros. La violencia de la agresión protestante fué, pues, á estrellarse contra una vivacidad de fe de que nosotros no tenemos ya ni aun idea; y á eso se debe atribuir, en gran parte, el carácter extremo de muchos hechos históricos de aquella época. (*)

III. Aunque esa aspereza de costumbres principiaba á suavizarse en Francia, cuando reinaba Luis XIV, sin embargo, ella produjo todavía sensibles efectos, cuando fué revocado el edicto de Nantes. No es mi ánimo juzgar aquí á aquel gran monarca. Me basta reconocer que en las crueldades cometidas contra los hugonotes, en ciertos puntos del país, llamado Cevennes, los agentes y dragones de Luis XIV, traspasaron mucho las órdenes del rey, por manera que ellos son los verdaderos culpables. Irritado de ver á los protestantes romper la unidad nacional, conspirar sordamente con las potencias extranjeras y mantener continuas relaciones con Inglaterra, enemiga nata de la Fran-

(*) Los pretendidos filántropos, que tanto echan en cara al catolicismo, aunque sin razón, como lo demuestra el autor, los procedimientos de la Inquisición española y la matanza llamada de San Bartolomé, harían bien en decirnos, como excusan ellos el abundante y cruel derramamiento de sangre, las devastaciones y los males de toda clase que producen los principios llamados LIBERALES, que ellos mismos se jactan de profesar, y en cuyo nombre acusan de intolerancia á la Iglesia católica. Si fuéramos á sumar el número de víctimas que á nombre de la libertad se han sacrificado, desde la primera revolución francesa hasta la actual revolución italiana, en el antiguo y en el nuevo mundo, probablemente resultarían por una víctima de la supuesta INTOLERANCIA católica, diez, veinte y quizás cien de la pretendida LIBERTAD. Fuera, pues, mejor que los apóstoles del progreso, dejando de buscar la paja en el ojo ajeno, vieran de quitarse la viga que les atraviesa el propio.—[TRADUCTOR]

cia, Luis XIV quiso purgar á su país de aquella levadura de discordia. El defendía así los derechos de su corona como los de la religión, para lo cual creyó deber emplear la fuerza; pero todos saben que el clero de Francia, y especialmente Bossuet y Fenelón, aunque simpatizaban con el pensamiento del rey, se mostraron opuestos á las violencias y á las crueldades. En vista de estas sencillas observaciones, ¿qué son las acusaciones de los enemigos de la fé, y cómo pueden servir las *dragonadas* de Cevenes para argüir contra la Iglesia católica?

¡He aquí tres hechos, tres crímenes políticos, si así se quiere llamarlos, de que los protestantes hacen responsable á la Iglesia, desde hace trescientos años! ¡Cuánta razón tenía el bienaventurado San Francisco de Sales, en vista de las calumnias con que desde su tiempo atacaban á la Iglesia católica, para compararla á la casta Susana, acusada falsamente por aquellos que se vendían como jueces incorruptibles de Israel! Esta santa mujer, arrastrada á la vergüenza, se confortaba con su inocencia y decía: “Dios Eterno que conoceis todas las cosas, Vos sabeis que dan contra mí un falso testimonio, y que yo no he hecho nada de lo que ellos maliciosamente han inventado contra mí.” Entonces Dios infundió su espíritu de verdad en el corazón del joven Daniel, el cual exclamó en medio de su pueblo: “¿Sois insensatos, que así habeis condenado, *sin juzgar y sin conocer la verdad*, á una hija de Israel?” Y el pueblo hizo entonces justicia á la inocencia y á la pureza de la casta Susana.

VIII.

Los mártires protestantes.

¿Tiene mártires el protestantismo? El así lo cree, pero se engaña.

Un *martir* es un hombre que da su vida por permanecer fiel á la fe de Jesucristo. El muere, no por opiniones